

## GALERÍAS MÁS ALLÁ DEL OTRO OCÉANO

José Francisco Conde Ortega\*

### Resumen

En el depravado círculo del tiempo, nadie sabe cuándo va a morir, por más que la muerte sea lo único seguro. Este texto, así, quiere ser un homenaje a ciertos momentos de la vida de algunos artistas —siete escritores y un pintor— que fallecieron poco antes o poco después del cambio de milenio. A la manera de Enrique Fernández Ledesma y sus *Galerías de fantasmas*, estas líneas son un tributo a la vida, plena de inteligencia e intransigente con la vocación, de Severino Salazar, Francisco Cervantes, Miguel Ángel Hernández Rubio, Carlos Montemayor, Guillermo Scully, Guillermo Fernández, Alí Chumacero y Margarita Villaseñor.

### Abstract

In the depraved circle of time, no one knows when will die, even so death is the only certainty. This text, as it goes, is meant to be a tribute to certain moments in the life of some artists —seven writers and a painter— whom died shortly before or shortly after the turn of the millennium. In the manner of Enrique Fernandez Ledesma and his *Galleries of ghosts*, these lines are a tribute to life, full of intelligence and inflexible with the calling, from Severino Salazar, Francisco Cervantes, Miguel Ángel Hernández Rubio, Carlos Montemayor, William Scully, William Fernández, Alí Chumacero and Margarita Villaseñor.

**Palabras clave/Key words:** muerte, vida, amistad / death, life, friendship.

\* Profesor del Departamento de Humanidades.

1 Unas ganas inmensas.- A Severino Salazar le gustaba esa cantina. Tal vez porque era vieja y resguardaba sustancia de la memoria del barrio compartida por los fieles asistentes; quizás por la cercanía con la Universidad donde trabajaba; acaso por la singular atención de Juanito, el mesero culto que había establecido con la clientela una amistosa complicidad. Lo cierto es que *El Dux de Venecia* era el paso obligado de él y sus amigos, después de comer en *El mesón taurino* o como consecuencia natural de las lecturas ofrecidas por los escritores amigos, durante la mañana, en los salones generosos de la UAM Azcapotzalco.

Justamente, después de una de esas sesiones, alguien tuvo la idea de ir a esa cantina. Nacho Trejo había leído sus *Crónicas romanas* y todo pareció confabularse para que ese recinto de bienaventuranza fuera la sede alterna de *El Monmartre*, refugio original de ese grupo festivo de periodistas, escritores y músicos que constituían la alineación titular del *drink team*: Nemorio Mendoza, Arturo Trejo Villafuerte, Ignacio Trejo Fuentes, Antonio Bravo, Víctor M. Navarro, José Ángel Domínguez, Paco Conde, Frédéric Ives-Jeannet, Jorge López Medel, el propio Severino y otros alegres cofrades de la fiesta de la inteligencia.

Allí se encontraron con que el mesero era lector de Miguel Hernández y Pablo Neruda. Y que dispensaba, sin ostentación, la cortés sabiduría de los meseros viejos, pese a su evidente juventud. Y como a Severino le gustaba poner a prueba ciertas convenciones sociales y hacer gala de un humor amablemente incisivo, las primeras bromas con ese servicial *Ganímedes* fueron el principio de tardes morosamente gozosas, donde el licor favorecía el juego del ingenio y las palabras parecían tejer coronas de alhelíes para el cabello de las adolescentes.

Una de esas tardes, cerca de la última década del siglo XX, Severino llegó antes que nadie a la cantina. Antes de que terminara la sesión de lectura de esa mañana, hizo una seña al amigo más cercano y se apresuró a llegar a su oasis: le urgía un trago. El desasosiego lo estaba obligando a ser descortés. A él, tan gentil y sosegado; tan alegre y comedido. Juanito lo vio llegar y adivinó en su cliente predilecto el pesar y no hizo preguntas. Le sirvió un tequila y una cerveza y se alejó. Observó en el abundante bigote sobre la boca dispuesta invariablemente a la risa algo muy parecido a la tristeza. La piel parecía algo más blanca; el cabello, cuidadosamente recortado, con algunas canas de más. Al tercer caballito se levantó y fue

al baño. Se echó agua en la cara y regresó. El pantalón de mezclilla y su camisa de cuadros grandes parecieron volver a la vida. Había recuperado algo de color porque la tristeza pugnaba por evadirse.

Llegaron en eso los amigos en ruidoso concierto. Menudearon los brindis y los buenos deseos. Las risas y las bromas encontraban su cauce. Él, tan dispuesto a burlarse siempre de sí mismo, enconaba, sin embargo, su filo contra la situación del país. Estaba terminando el ensueño de los millones y el país parecía derrumbarse —decía sin sonreír—; y faltaba lo peor. Estaba seguro de que los males de México no acababan con los economistas; para el siglo XXI debía esperarse cosas peores. “Hasta que gobierne el PAN” —volvía a decir sin asomo de sonrisa—. Un detalle pareció precipitar su pesimismo.

Mientras Severino jugaba con César Benítez a imitar a Dolores de Río y María Félix, endurecía su pesimismo y su risa adquiría matices extraños. Entonces, José Ángel Domínguez intervino para decir, entre divertido y confuso, que unos parroquianos de otra mesa, en el baño, le había ofrecido “hacerlo fuerte si esos putos se pasaban de listos”. Los señaló. Severino los miró fijamente, sin insolencia pero fijamente. Y dijo en voz alta: “pobres borrachitos, son mariconcitos de closet”. Agregó que eran signos de los tiempos; que la sociedad se estaba volviendo nazi; que los intolerantes, en nombre de la tolerancia se iban a apoderar de todo. Y quién sabe. Hasta podrían prohibir fumar en las cantinas... Los otros borrachos se fueron.

El alcohol comenzó a relajar el ambiente. Severino suspiró, pidió otro trago y encontró el momento para exorcizar sus flagelos inmediatos: su hermana muerta en un accidente carretero y un suicida, al poco tiempo, en su departamento lo habían trastornado. Ese filoso equilibrio entre la vida y la muerte le había tocado calibrarlo. Pero en ese momento, después de todo, ya sabía bien que todos los días tenían que vivirse como si fuera el último, pues no se sabe “cuándo puede llevarnos la chingada.” Levantó la vista y sonrió, ahora sí con la plenitud que era su marca y su designio. Vio la hora —ya comenzaba a oscurecer—. Era hora de completar el rito del alcohol. La fiesta apenas comenzaba. Dijo las palabras que todos esperaban, la paráfrasis del poema de Alfredo Giles-Díaz: “Vamos a mi casa. Tenemos cigarros, tenemos ron y unas *Cocas* inmensas.”

2. Un libro y la sed de todos los días.- Miguel Ángel Hernández Rubio, alto, robusto y con mirada de perdonavidas llegó una mañana a la ciudad de México. Con *El Chato*, su compañero en esa aventura

editorial llamada *Toque. Ediciones de Poesía*, llegaba a la ciudad promisorio con la ilusión de obtener un libro para la segunda serie de su proyecto. De la terminal de autobuses al hotel para dejar su escaso equipaje y tomar un ligero desayuno no ocuparon más de una hora. Le urgía encontrar a Paco, el amigo que iba a desempeñar el papel de intermediario.

Dueño de una agilidad mental casi asombrosa, tenía el comentario filoso a flor de labio. Le gustaba aparentar rudeza y que lo llamaran *Mique*. Y llegar al Distrito Federal para decir, en todos los tonos, que Guadalajara era un pueblote. Decía que, si vivía allá, era para educar a sus amigos; y para vigilar que nunca faltaran muchachas bonitas, pues cuando comenzaban a escasear, volaba por otro cargamento a Culiacán. Y era abogado, nada más que para defender a quien cayera en la cárcel por borracho. Prefería ser poeta. Desde su aire hosco, casi brutal, acentuado por el cabello largo y descuidado, luchaba por ocultar una mirada benevolente y comprensiva. Así era *El Mique*.

No quería perder el tiempo. Un taxi los llevó del centro de la ciudad a Azcapotzalco, a la UAM, donde trabajaba su amigo Paco. Impaciente, tuvo que presenciar la última clase de la mañana de éste. Era día de trabajo y no podía alterarse el ritmo laboral. Se resignó. Y tuvo que aceptar que la comida fuera por esos rumbos. Paco lo calmó un poco. Le dijo que la cita con el poeta que buscaba era en la noche, a las siete, en *La lechuza*, un lugar por el rumbo de San Ángel, ya que para su buena fortuna, era jueves.

Un tanto sosegado, aceptó la invitación. Había escuchado hablar de *El Dux de Venecia*. De la buena botana y del mesero culto. No se arrepintió. Tomaron tequila con cerveza, degustaron la botana, bromearon con el mesero, a quien le obsequió los cinco primeros títulos de su colección de poesía. Se asombró de los atinados comentarios de Juanito: el cuidado de la edición, las cubiertas con serigrafía, el papel, el tipo de letra, el formato y otros detalles fueron ponderados por el mesero. *El Mique* decidió que no era justo que a ese buen hombre lo llamaran, los parroquianos de otras mesas, con el infamante apellido de Salinas. Sí, estaba pelón, pero no podía ser tan siniestro como el presidente del sufrido país.

*El Mique*, Paco y *El Chato* salieron de la cantina poco después de la cuatro de la tarde, algo más que vivaces por los tragos. Sólo que debía hacer otra escala. Paco debía presentar un libro por los rumbos de La Condesa. “Nos queda de camino”, fue una manera de calmar la renacida impaciencia. La presentación, después, de todo,

le sirvió para conocer más gente, para regalar otros tantos libros y para apurar el vino que ofreció el autor del libro presentado. Los bocadillos, el vino, la plática, algunas muchachas con la gala de su belleza celebraron el atardecer y mitigaron un poco la cada vez más creciente impaciencia de *El Mique*. Por fin, cerca de las siete de la noche, su dirigieron a San Ángel.

El tequila, las cervezas y el vino habían surtido su efecto en Paco y *El Chato*. *El Mique* permanecía extrañamente sobrio y casi no hablaba. Su agudeza verbal la cifraba, ahora, en escuetos comentarios sobre lo que veía a través de la ventanilla del taxi. Si acaso, centraba su rigor en *El Chato* y su aire provinciano. “No estás en tu pueblo, cabrón. Ponte listo porque aquí roban.” Pero eran bromas que buscaban ocultar cierta timidez que él no sabía propia. Curiosidad, impaciencia, incertidumbre y no sabía qué más lo agobiaban mientras más se acercaban. Hombre precavido, sacó de su morral unas cervezas que había comprado antes de subir al taxi. El pretexto eran unos cigarros; pero él sabía qué le iba a hacer falta. El taxista rehusó la invitación, por fortuna, así que a cada uno le tocaron dos *Tecate*, ya un poco tibias, pero igualmente bienhechoras.

Llegaron a *La lechuza*. Y sí, allí estaba Rubén Bonifaz Nuño, con algunos jóvenes, Marco Antonio Campos y Francisco Hernández. Paco los presentó, se sentaron, pidieron cerveza y unos tacos. Desde su insolente timidez, *El Mique* oyó la voz del poeta cuando se dirigió a Paco: “Ven, siéntate aquí. Acaba de irse un joven triste. Y los jóvenes no deben ser tristes.” La honda voz del poeta caló en el ánimo de todos. *El Mique* musitó “A los que llegan a las fiestas...” y se dispuso a escuchar. El buen humor despejó rápidamente toda sobra de pesar. Las cervezas animaron la plática, en la que tuvieron un lugar especial las mujeres hermosas, los amores, el fútbol, las películas mexicanas, los cigarros y el poema que siempre está por escribirse. Particularmente animado, el poeta se quedó un poco más de tiempo e invitó otras dos rondas de cerveza. *El Mique* le hizo una seña a Paco. Éste le dijo a Rubén Bonifaz que esos jóvenes de Guadalajara tenían un buen proyecto editorial y que fueron a pedirle un libro. El poeta dijo que sí. Les daría *Trovas del mar unido*.

El poeta se despidió. *El Mique*, por fin, pudo hablar. Le agradeció la generosidad y, ahora sí —dijo— comienza la fiesta. Eran apenas las diez de la noche. Todos los espacios de sana diversión de la colonia Obrera ya estaban abiertos. Él y *El Chato* tenían al mejor Virgilio. Los tres debían apurar la sed de todos los días. La noche era propicia.

3. Una noche de colores y sonidos.- Guillermo Scully salió del hotel *Toledo* a la calle de López. No sabía qué hora debía marcar la manecilla de un reloj que no quería ver. Volteó levemente. Quizás para recordar a la muchacha que había dejado dormida en ese renovado “territorio de las catástrofes.” Trató de recordarla. No pudo. Sólo permaneció en él el perfume de su cabello largo y negro, más negro, acaso, que el olvido.

Los ojos verdes de Guillermo se acomodaron a la suave neblina de la mañana. Miró con renovada nostalgia, ya en la esquina de López e Independencia. Allí estaban la *Florida*, el *Kit-Kat* y el *Mister Lee*. No, de ahí no había sacado a la joven que, sin tedio ni pesadumbre, había dejado en el hotel. Unos billetes en el buró y una caricia sinceramente tierna y suave, para no despertarla, le parecieron suficientes. Atrás había quedado el encono amoroso.

Caminó hacia el Eje Central. Buscó Madero. Quería desayunar en el *Sanborns* de los azulejos. No había mucha gente. Eligió una mesa en el espacio para fumadores. Ordenó. No era muy afecto al cigarro, pero le molestaban los “buenos” y “sanos” que —estaba seguro— iban a imponer muy pronto una ley nazi contra los jocundos aficionados al tabaco. El tipo que estaba promoviendo su “guerra santa” para prohibir que se fumara en los restaurantes y otros espacios comunitarios tenía por nombre Xih Tenorio. Lo recordaba muy bien porque siempre le había parecido feo, triste, apocado, resentido y acomplejado. Lo entendía. Alguien así no podía ser feliz. De ahí su lucha contra quienes buscan en la vida algunos momentos de placer. Desechó rápidamente esa imagen. Sonrió. Prefería recordar cómo comenzó esa noche de luces, copas, sonidos y mujeres.

El día anterior, como muchos otros, decidió comer solo en *La gruta de San Fernando*, en Ignacio Mariscal. Allí ejercía el refinado placer de la contemplación. El lugar era una cantina que respetaba las reglas: buen servicio y buena botana. Con un atractivo inusual: había muchachas hermosas que, curiosamente, no fichaban ni departían con los clientes. Simplemente paseaban su belleza por las mesas, preguntaban si estaban bien atendidos, sonreían cautivadoramente y seguían su grácil trajín interminable. Eso era todo. Pero era suficiente. Todas parecidas: jóvenes, suavemente delgadas, con el cabello largo descendiendo por una espalda infinitesimal hasta tocar unas caderas dulcemente modeladas; con la minifalda procaz que dejaba ver las piernas estilizadas de impacientes Amazonas; con la cintura como vuelo de palomas y los pechos como festivos colibríes

con fiebre. Unos tragos y una buena comida favorecieron la contemplación. Era suficiente. Buen principio.

Salió, caminó unos pasos y llegó al *Salón Palacio*. Invariablemente encontraba amigos o conocidos, que calmaban allí la sed del marinero en tierra que regresa de todos los naufragios. Encontró a *Nacho* Trejo, Ernesto Herrera, Armando González Torres, Salvador Camelo y otros desconocidos, pero igualmente sitibundos. Los tragos animaron la conversación. Literatura, música, fútbol, mujeres y política se mezclaban en animadas escaramuzas donde cada quien, desde su trinchera ideológica, defendía con pasión su punto de vista. El cambio de milenio estaba provocando mayores incertidumbres y desalientos. Los panistas demostraban que eran igual de corruptos que los priistas, pero más estúpidos. Y el gobierno de la ciudad, supuestamente de izquierda, centraba sus acciones en un populismo oportunista, donde lo políticamente “correcto” se imponía al sentido común. Llegó la noche.

Casi todos decidieron seguir la parranda. Los tragos habían hecho su efecto y el ánimo estaba dispuesto. Decidieron ir a la colonia Obrera, a ver qué quedaba de los antiguos cabaretes. Escalas necesarias en dos o tres cantinas templaron más los ánimos. Por fin, llegaron al *Barba Azul*. Algo de los viejos tiempos aún podía respirarse. Guillermo no pudo menos que comparar. A la casi etérea belleza de las musas de la tarde se oponía la insolente carnalidad de las ficheras del cabaret. No obstante, a Guillermo le pareció que era el paso necesario. Sí, era cierto, el descuido corporal de las mujeres de allí era evidente. Había hasta robustas afroditas de carne supernumeraria. Pero estaba bien. La música —son—, más tragos y la sinceramente interesada compañía femenina hicieron mágica la noche.

Guillermo trató de recordar si fue de ese lugar de donde se llevó a la muchacha. Ya estaba muy borracho. Y ahora recuerda que todavía fueron al *Mirog*, ya de regreso al centro de la ciudad. Y recuerda que las mujeres, desnudas, estaban en un plano intermedio entre las de la tarde y las de la noche. “Pudo ser el misterio de la madrugada”, pensó Guillermo. Y recordó que, mientras dibujaba a una, alguien de sus amigos le decía poemas. Sí, lo más probable es que haya sido ésa la muchacha que dejó dormida en el hotel. Era bella. Tenía que ser bella.

Ahora sí miró su reloj. Había terminado de desayunar. Unos huevos rancheros y un buen café vuelven propicia cualquier mañana. Tenía que trabajar. En su estudio lo esperaban bocetos, proyectos, primeros trazos y compromisos para portadas y una exposición.

Ya no estaba preocupado. Tenía ansias de acariciar sus pinceles. La noche había sido venturosa. Plena de música, colores, sed colmada y amistad, había culminado como debía: con el suave cobijo de una mujer joven, de perfume incitante y un cabello oscuro, más oscuro, acaso, que el olvido.

4. Genio y figura.- En el *Montmartre*, por las calles de López —el “verdadero barrio latino”, decía festivamente Arturo Trejo—, encontró un buen refugio para su sed y comprensión para su intolerancia. Y es que Francisco Cervantes, el poeta singular y el mejor traductor del portugués, no sólo era intolerante, pues de su insolente soberbia había hecho casi una leyenda en los mentideros de la cultura en la ciudad de México. Por eso era un solitario. Un ser orgullosamente solitario. El ejercicio de la prudencia le parecía, seguramente, abominable. Alto y delgado, parecía vanagloriarse de su fealdad. Sabía que le decían el *Vampiro* —y algunos otros mote infamantes—: pero no le importaba. Se burlaba de los mediocres con su ironía inhóspita y lacerante. Vivía en el hotel *Cosmos*, en el Eje Central, como si siempre estuviera de paso.

Pero en esa cantina, con los “Toños” como meseros protectores y solícitos, se sentía seguro. Y más con la compañía de ese grupo de regocijados integrantes de la tertulia de los lunes. Nemorio Mendoza, Ignacio Trejo, Paco Conde, Arturo Trejo, Antonio Bravo, Angélica Aguilera, José Ángel Domínguez, Víctor M. Navarro, Sergio Monsalvo, Severino Salazar, Jorge López Medel y población flotante, todos los lunes, desde las tres de la tarde, comenzaban una fiesta que no sabían cuándo terminar. Era la última década de la vigésima centuria.

Allí se sentía bien Francisco Cervantes. Su intolerancia era necesaria para no transigir con los mediocres; su insolencia, otra manera de ahondar en el juicio sobre el estado de la literatura, los premios asignados por decreto, las becas como premio a la complicidad y la zalamería y las publicaciones recientes. Tenía como prenda mayor de su orgullo, que no le hubieran dado la beca del Sistema Nacional de Creadores. “En lo que acaban de becar a sus amigos” —decía— “no les va a alcanzar para todos.” Y sus méritos eran de sobra conocidos. Era parte de su soberbia. No pedirle nada a nadie.

Por eso bebía a la medida de sus posibilidades. Tomaba ron “Negrita” casi siempre, pese a su diabetes; y cuando cobraba algo, “Oporto”, como para celebrar su acendrado lusitanismo. Compartía su comida con un gatito que se paseaba libremente por la cantina y



se acercaba a él en cuanto sentía su presencia. Y comenzó a demostrar su lado generoso. Durante las pláticas más enconadas sobre ciertos autores, salía dejando su trago a medias y, en pocos minutos, regresaba con libros, que regalaba con una sonrisa complaciente. Ignacio, Angélica, Antonio y Paco se hicieron sus amigos. Y asistía a sus fiestas familiares con extrema puntualidad, sobrio, de buen humor y con regalo. Le gustaba ver jugar béisbol al hijo de Paco. Algunos sábados, a pesar de la cruda, se emocionaba en las tribunas de la liga *Anáhuac*.

Algunos lunes eran muy agitados. La mesa de la tertulia se colmaba con más gente. Eso le molestaba a Francisco. Primero bromeaba con él mismo y con su apodo. Decía que llegaba nada más de noche, porque era la hora en que podía salir de su ataúd. Y que llegaba rápidamente porque se venía volando. Y pedía que le alejaran los palillos porque podían ser estacas. Pero si alguien insinuaba cualquier otra cosa, sobre todo si no eran sus amigos, su ironía se encarnizaba contra el osado. Y se despedía, no sin antes demostrar su disgusto. Como esa vez en que alguien quiso bromear con que no le daban la beca del SNC porque era inmortal y no podía pagarle tantos años. “Soy inmortal en la literatura” –respondió– “tú ni siquiera sabes qué es literatura.”

Ya en el nuevo milenio, con la diabetes muy avanzada, se fue a Querétaro. Algunas ofertas de trabajo, la amistad de sus buenos lectores y su probidad intelectual parecían augurarle cierta tranquilidad. Regresó a la ciudad de México pocas veces. Una de éstas, en el Centro Cultural “José Martí”, ofreció una lectura de *Tabaquería*. Leyó traduciendo directamente del portugués. Los asistentes, en respetuosa comunión, escuchábamos conmovidos. Ni siquiera nos importó que los mozos del auditorio, ya cerca del final de la lectura, comenzaran a apagar las luces porque ya era hora de cerrar. Francisco Cervantes buscó los escasos rayos de luz que entraban por algunos resquicios y siguió leyendo. Una frugal cena en *La Ópera* fue la celebración. Él tomó agua mineral.

Pero siguió siendo soberbio e intolerante. Y orgulloso. Como esa vez, en Querétaro, cuando lo invitaron a una comida. El pretexto era el ofrecimiento de unos cursos. Como era su costumbre, llegó puntual al restorán. Poco después llegó otra persona, se sentó junto a él y le hizo plática. Contestaba con monosílabos. Cuando llegaron todos, los organizadores le preguntaron si estaba bien. “Sí” –dijo– “pero quítenme de aquí a este pendejo. Ya me tiene hasta la madre.” El estupor fue general. “Maestro, es el rector” –le contestaron.

“Ah, caray. Entonces ya no tengo trabajo” –dijo–. Se levantó, hizo una inclinación con la cabeza y buscó la salida, caminando con dificultad, pero con altivez.

5. Una lágrima furtiva.- Carlos Montemayor limpió sus lentes, húmedos por esas lágrimas impertinentes causadas por la risa incontenible. Buscó la mirada cómplice de Paco y, después de pasarse el pañuelo por los ojos, le sugirió a Nacho Trejo el siguiente chiste. Después continuaron César Benítez, José Ángel Domínguez y otra vez Carlos y Paco. Y otra vuelta. Y otra. Y cada ronda con un tema. Y cada asunto removía las risas, que parecían interminables. Es que habían encontrado un buen pretexto: uno de los asistentes a la fiesta, cuando se insinuó la hora de los chistes, había demostrado su incapacidad, no sólo para recordar alguno completo, sino hasta para externar alguna gracia. Esto lo hizo blanco de las burlas de todos. Y se ensañaban con referencias, alusiones y gestos hacia el pobre insulso quien, casi sin inmutarse, reía nerviosamente esperando, con candor inigualable, un nuevo turno.

Raúl Renán, siempre medurado y cortés, les comentó a Sandra y a Verónica, en voz muy baja, que poca gente había visto así a Carlos Montemayor. Susana estuvo de acuerdo. Y era cierto. Su figura pública era la del intelectual adusto y siempre empeñado en alguna traducción del griego o del latín. Lo cierto es que era un *bon vivant*, un sibarita que había encontrado en el cultivo de la inteligencia una manera de comprender la razón de ser en este mundo. Culto en extremo, erudito y sensible, también se había empeñado en una postura ideológica comprometida con ideales de justicia, libertad y dignidad para todos, sobre todo los desposeídos. Y le gustaba vivir bien. Un buen vino y buenos quesos eran el preámbulo de inagotables conversaciones regiamente acompañadas con *whiskey*.

Esa tarde de febrero había mucho que celebrar. Era cumpleaños de Antonio Bravo, quien había hecho los arreglos y tocado el piano en el disco que acababa de salir: Carlos Montemayor ofreciendo su versión de las canciones de María Greever. Los dos, con Conde de Arriaga, su joven ingeniero de sonido, brindaban, una y otra vez, a la salud de la música y los amigos. Por eso habían convocado a esa reunión, en la casa de Toño y Angélica, por los rumbos de la colonia Juárez.

En un acuerdo sin palabras, los amistosamente zaheridores dejaron en paz al candoroso objeto de sus burlas. La mamá de Angélica

agradeció, con gesto resignado, la deferencia y miró a su pareja con ternura. Éste sonrió con inocencia. Todos se guardaron el último chiste. Con los bocadillos se agotaron las botellas de vino. Siguieron las cervezas y el *whiskey*, cada uno haciendo caso a los requerimientos de sus preferencias étlicas. *Nacho* disfrutaba su ron. Las conversaciones tomaron los derroteros convenientes y los ánimos, siempre dispuestos al encanto de lo impredecible, casi se empañan al referirse al inicio de una docena más trágica que la de Echeverría y López Portillo. Sólo que la presente, más ignominiosa y teñida de azul. Prefirieron, por salud mental, retornar al generoso territorio de la música.

Como en una obra de teatro arduamente ensayada, todos se dirigieron al piano de *Toño*. Los boleros, amorosamente quejumbrosos, abonaron el terreno para nuevas propuestas. Ya instalados en los azarosos espacios del amor, surgió la referencia al *Elxir de amor*. César Benítez comenzó a cantar *Una furtiva lágrima*. Su voz, potente y bien timbrada, causó un expectante silencio. Al final, después de los aplausos y los parabienes, Carlos Montemayor comenzó una erudita disquisición sobre la obra del compositor italiano. Paso a paso, fue explicando el porqué de la música, la razón del desarrollo del tema y el motivo por el que Nemorino, semioculto, debía comenzar el “aria” con cuidada suavidad. *Toño* ilustraba con su piano cada momento de la explicación.

Carlos cantó esa parte del modo que había explicado. *Toño* hizo lo mismo. César, entonces, con el gesto de saber, ahora sí, el sentido preciso del asunto, volvió a cantar. Y así, una y otra vez, alternándose, los tres tenores entonaban notas, fragmentos, pasajes o el “aria” completa. Por fin quedaron satisfechos. No se supo cuánto tiempo había durado la sesión. A nadie le importó. Se había realizado una suerte de comunión. El piano, las voces y la explicación propiciaron otra serie de consideraciones, donde no pocos poemas sirvieron como escolios indispensables.

La noche había llegado. La gente comenzó a despedirse. El primero fue el incauto, quien, encantado, propuso una nueva reunión, con más licor, más música y más chistes. Todos se guardaron, benévolamente, la última broma. Carlos limpió, una vez más, sus lentes. Raúl Renán, mesurado y feliz, le dijo a Paco que, por vez primera, había visto “tallerear” tan limpiamente *Una furtiva lágrima*. Éste, socarrón, le contestó que el culpable ya se había ido. Aquel cándido provocador de la primera lágrima furtiva de Carlos Montemayor fue el primero en despedirse. Salieron a la noche. A esa limpia noche de febrero en la colonia Juárez.

6. En los apuros y en los afanes... - Guillermo Fernández era particularmente filoso. Su esgrima verbal, aun divertida, era implacable. Le gustaba contrapuntear. Sus ojos brillaban de una manera especial cuando veía a algún posible adversario. Se pasaba la mano por la frente, erguía su delgada figura, ajustaba sus anteojos y, con una sonrisa entre mefistofélica y amable, argüía toda suerte de ingeniosidades, retuécanos y juegos verbales. Era una de sus maneras de celebrar la vida. Y de demostrar su natural generosidad. Después venían las citas de poetas –sobre todo san Juan de la Cruz–, las referencias al fútbol –le iba a las *Chivas*–, a Leo Dan, a Mahler y a los refranes. En ese orden.

En un tiempo, durante la inhóspita ilusión de los muchos ceros que, como signo de la incapacidad del gobierno para manejar la economía, le endilgaron al peso, vivió en la “Casa de las brujas”, en la colonia Roma. En un pequeño departamento, recibía a sus amigos, trabajaba en sus traducciones y en su poesía y, muchas veces, continuaba las tertulias comenzadas en la “Bella Italia”. Un buen trago, mucha música y poesía eran los ingredientes indispensables de largas sesiones que no tenían otro fin que disfrutar el placer de la conversación. Un café, espeso y cargadísimo, podía ser el principio. Luego seguían cervezas y “chinchomes” o cualquier otro licor congregatorio. Lo importante era la buena voluntad: el libre juego de la inteligencia.

Una tarde, después de comer en algún restorán de la zona, Guillermo pronunció las sabidas y mágicas palabras: “Vamos a casa. Allá tomamos café.” Nadie osaba –ni quería– contradecirlo. Así, la comitiva dirigió sus pasos a “La casa de las brujas”. Vicente Quirarte, Marco Antonio Campos, Raúl Renán, Jorge Esquinca, Francisco Hernández y Paco Conde encabezaron la marcha. Ya instalados. Cada uno buscó la manera de asimilar ese café tan espeso y tan cargado. El tequila o el mezcal no fueron mala idea para algunos: el anís para los mesurados y el ron para los levantiscos abrieron otra posibilidad. Francisco Hernández, estoicamente, apuró su taza sin necesidad de subterfugios. Ya no los acostumbraba.

Siguiendo los derroteros de la conversación, Guillermo Fernández solicitó la atención para leerles algo. Tomó un libro. Lo abrió en una página que tenía marcada, y dijo: “escuchen esto. Les voy a leer algo de Milosz. Pero no el premio Nobel. Éste es un poeta.” La voz profunda de Guillermo colmó el departamento. Las líneas de un poema extraño conmovieron a todos. Y pareció que se abrían las puertas de la noche. La fiesta se hizo larga como la cabellera de una mujer lasciva. Nadie se daba cuenta de la hora. Pero alguien tocó la

puerta. En un acto reflejo, todos miraron sus relojes. Eran las dos de la mañana. Pensaron que era algún vecino, molesto por el ruido, pues Marco Antonio Campos había puesto, a un volumen más que razonable, un disco de *Lucha Reyes* en la consola. Abrió Guillermo. Se tranquilizó. Quien llamaba era Sergio Pitó, con una botella de vino y un disco.

Pitó adujo que escuchó el ruido. Y que no lo dejaba dormir. Decidió sumarse a la fiesta. Su aporte era valioso —dijo—: “Un buen vino francés y un disco de un gran violinista rumano no eran poca cosa.” Todos rieron y le dieron la bienvenida. El vino era magnífico. La idea del violinista no les pareció muy buena a Marco Antonio Campos y a Paco. Con *Lucha Reyes* era suficiente para una madrugada de tragos y recuerdos. Además, los dos, perfectamente ebrios, ya habían decidido que el siguiente disco tendría que ser del poeta José Alfredo Jiménez. Se sometió a votación. Ganó el prestigio de Sergio Pitó. Se puso en la consola el disco del violinista rumano. Muy pronto todos se quedaron dormidos.

Al día siguiente, ya muy entrada la mañana, Guillermo se despertó por los fuertes toquidos que alguien hacía a su puerta. Mientras se levantaba para abrir, trató de recordar a qué horas se había terminado la fiesta. Y en qué momento se fueron todos. El departamento estaba vacío. Y hasta levemente ordenado. La cruda comenzaba su áspera labor; pero una grata sensación, por la gozosa reunión, lo tenía de buen humor. Cuando abriera, esperaba que fuera alguno de estos amigos. Almorzarían y se curarían la cruda. Pero no. Eran dos de los llamados vecinos incómodos. A Guillermo le extrañó. Sí, algunas veces lo visitaban, pero a ellos no les demostraba, nunca, ningún tipo de consideración. Es más, le molestaba su presencia. Crudo y de buen humor, no esperaba que le fueran a pedir dinero prestado. Y que fueran temprano —le dijeron—, “antes de que se fuera a salir.” Rápido de mente como era, no pudo menos que acudir a un viejo refrán y resolverlo a su manera, antes de que esos impertinentes le fueran a estropear su buen humor y sus planes para curarse la cruda: “Pues no por mucho madrugar... van y chingan a su madre.”

7. De un breviario de amorosa raíz.- En *La novela de una momia*, ese “mago perfecto de las letras francesas” hace decir a una arpista: “... el poeta y el músico lo saben todo. Los dioses les revelan las cosas más ocultas, y expresan en sus ritmos lo que el pensamiento concibe apenas, lo que la lengua logra balbucir confusamente.”

Unos años después, Rilke sabría con certidumbre, en sus *Historias del buen Dios*, que sí, en efecto, ese ritmo puede ser traducido por los poetas y los niños para hablar con el Supremo Hacedor. Y es inevitable pensar en ciertos hombres que, en el ritmo de una conversación, pueden ir revelando a los demás los secretos aprendidos de esa cifra oculta que sólo ellos saben leer.

Alí Chumacero es de esa estirpe. Y el verbo en presente es una condición inevitable. También puede decirse que citarlo es fácil. Su experiencia vital se ha traducido pródigamente en sentencias de festiva y generosa ironía. Y como lo mismo se ha dicho de Cioran, uno piensa en que, sabios los dos, ambos ofrecen al mundo una moneda luminosa con las dos caras de la vida. Y si el rumano es escéptico por fatalidad; el mexicano convierte la experiencia humana en materia de gozosa reflexión. Aquél declara la certeza del desastre; éste, la lección como una oportunidad siempre renovada. Alí Chumacero parece decirnos —como un Newton poético— que a todo infortunio corresponde una lección, de igual magnitud pero en sentido contrario a la desesperanza.

Así, el autor de *Páramo de sueños*, con el mundo sensible en la palma de la mano, una sonrisa que exige del interlocutor su complicidad y una mirada calculadamente aviesa ha sabido construir un vasto breviario de amorosa raíz para abreviar en el agua fresquísima de una sabiduría terrenalmente asumida. Todos sus lectores podríamos referir páginas enteras de ese *corpus* vital sin tedio ni pesadumbre. Yo me conformo, en este momento, con tres lecciones que me enseñaron otros tantos aspectos inapreciables para conducirme en el mundo: el tiempo como territorio compartido, el disfrute de la buena compañía y la más venturosa sabiduría del amor.

Hace muchos ayerres —ahora la rememoración es imperiosa—, en este mismo lugar me tocó sentarme a la izquierda de Alí Chumacero. Era un homenaje a Enrique González Martínez. Éramos muchos. Le dije al poeta: “Nos tocó juntos otra vez”. Respondió: “A güevo, aquí estamos los hombres.” Tras la sonrisa de siempre, me preguntó cuánto traía para leer. Le enseñé mis dos cuartillas y media. Asintió, puso sobre la mesa dos cuartillas y su reloj. Y se dispuso a escuchar. Cuando alguien se excedía, comentaba como para sí: “Ya párale, no estás solo, no traje tortas...” Y sonreía. Y me miraba con esa mirada calculadamente aviesa. Tiempo compartido. Respeto al tiempo de los demás. Desde entonces procuro no excederme.

En otra ocasión coincidimos en la presentación de un libro de Ariel Valero. Y fui invitado para leer algunos poemas. Alí Chuma-

cero era parte del público. Al término de la presentación –o “el evento”, como dirían los inadvertidos–, al brindis de rigor siguió la invitación, siempre generosa, de Vida Valero: “Tomemos whisky en la casa.” ¿Cómo ve, maestro? Pregunté con no poca ingenuidad. La respuesta fue decisiva: “Primero muerto que hacer un desaire.” Entonces confirmé que el oro pálido de ese licor consagradorio une voluntades, concilia bienaventuranzas y facilita la comunicación. Y que hay que beber dignamente acompañado. Y que no es de gente bien nacida rechazar invitaciones nacidas de la gentil disposición de los amigos.

La otra lección no fue para mí. Pero he querido pensar que la he aprovechado. Fue durante la celebración de un cumpleaños de Raúl Renán, amigo impecable y arduo domador de palabras. En alguna cantina del gusto del festejado, la concurrencia era numerosa. Al término de la comida los brindis se hicieron más frecuentes y las conversaciones más animadas. En el punto más alto de la celebración, y mientras Emmanuel Carballo le reprochaba a cierta musa de calipigia carnadura que no conociera a Luis Reyes, el padre de “El Melón”, y Luis Chumacero le descubría los misterios de la charrería a una dama que pretendía caravanas con epistolario ajeno, la gente comenzó a despedirse. Quedamos en una mesa cuatro esforzados y una botella de whisky.

Los cuatro últimos oficiantes éramos Ali Chumacero, Raúl Renán, mi hijo, con sus 18 años recién cumplidos, y yo, que refiero esto dándole un leve codazo a la modestia. El autor de *Henos aquí* me comentaba sus impresiones de la fiesta, yo lo escuchaba mientras saboreaba un café y un oporto. Ali Chumacero preparaba su inapreciable lección. Tomó su vaso, afinó la mirada, bebió y se volvió hacia el joven quien, atento, sabía que el momento era crucial. Habló el autor de *Imágenes desterradas*:

–Mira, hijo, si un día ves que dos mujeres vienen hacia ti, sólo debes saber y hacer una cosa: Chíngatelas.

La sonrisa en busca de complicidades y la mirada calculadamente aviesa se tornaron más luminosas. Un conocimiento más de la vida se había revelado. El mundo no podía ser igual. Mi hijo ya es un hombre que ha sabido aprender de sus poetas. Yo sigo empecinado en un presente ardorosamente compartido. Creo entender que el mundo, así, ni es tan ancho ni tan ajeno, para mal citar a Ciro Alegría. Que de ese breviario de amorosa raíz quiero seguir aprendiendo.

## 8. Réquiem para una amiga.-

*A Margarita Villaseñor, i.m.*

Te quiero recordar así, como  
te colocaste al espejo, muy  
profundo y lejos de todo.

Rilke

Margarita:

Hace tiempo leíamos *Réquiem para una amiga*, el poema que Rilke dedica, en 1908, a Paula Becker. Era una tarde pródiga de junio. El cigarro matizaba el suavísimo sabor del whisky y un leve rumor, desde la calle, llegaba hasta nosotros. ¿Te acuerdas?:

Abandoné a mis muertos,  
me sorprendió verlos tan confiados,  
satisfechos tan rápido de estar muertos, tan justos,  
tan distintos en su reputación.

Y tu sentido del humor —¿del amor tendríamos que decir?— surgió de nuevo. Recordamos a algunos amigos muertos; y los homenajes que les ofrecieron; y nos detuvimos, perversamente ociosos, en cierta fórmula curiosa: la costumbre de comenzar, casi siempre, con “yo conocí a fulano”, “yo conocí a zutana”, como si se esperara que el homenajeado reviviera para agradecer que lo hubieran conocido. “No lo vayas a hacer conmigo, Pancho”, me dijiste, y una larga risa predispuso nuestros ánimos para que, otro trago de whisky, alejara lo más posible la certeza del desastre.

Por eso te escribo, Margarita, aquí y ahora, desde el oro viejo de este otoño que, sin ti, parece artero y sedicioso. Tengo un vaso de whisky y fumo. Releo los subrayados que hicimos en el poema, y pienso que ese “río lentísimo de fuego” que es el tiempo muerde, hiere y se encona en el humo de mi cigarro, en cada línea de Rilke y en la necesidad de seguir hablando contigo. Sigo leyendo:

Tú, tú sola,  
retornas; me rozas, te desplazas, perduras  
al tropezar con algo que vibrando  
te revele.



Y sí, cada palabra era una revelación. Y una rebelión cuando hicimos nuestro el poema, como debe hacerse con todo buen poema. Dialogamos con él, como yo lo hago contigo, ahora, para decirte cuán distintas son Paula y tú. Ella, débil; tú, segura y fuerte. Lo supe desde siempre. Desde 1981, cuando en *El rito cotidiano* leí tus poemas de amor. Luego lo confirmé todas las veces que platicamos. No olvido la vez que nos conocimos. Tal vez tú no lo recuerdes. Yo sí. Era otra tarde luminosa, en una cantina bienhechora por los rumbos de Marina Nacional. Vida, Alejandra, Begoña y Joaquina fueron las festivas encaminadoras. Me pediste tres marcas de cigarros y tres de condones. Las primeras me vinieron a la memoria fácilmente; de las segundas sólo recordé una. “Fuma menos y coge más” fue tu sentencia. Te admiraba y comencé a quererte. Y he buscado seguir tu consejo, sin dudas ni declinaciones. Bueno, sígo fumando.

Nació la amistad. Conocí tu corazón entero. Sólo un corazón de esa altura podía haber escrito los poemas de amor de *El rito cotidiano*, que ya había hecho míos. Te comenté que eran de la estirpe de los de Neruda en *Los versos del capitán*. Siempre hay que entrar a la vida amorosa “echando la puerta abajo”, como escribe Rosario de la Cerda. Sabías, Margarita, que el corazón sólo se puede entregar entero, a la amistad y a la pareja, las veces que sean necesarias. Estuviste de acuerdo, desde luego. Dice Rilke:

Y podría decir que sólo te dignas,  
vienes por nobleza, exuberancia,  
porque estás de ti misma tan segura,  
que sin miedo rondas como niño  
en lugares, donde sucedería algo.

Noble, segura, exuberante. Sobre todo segura. Por eso eras intolerante. E intransigente. Así tenía que ser. Cuántas veces lo dijimos en tu casa. Con Rafael y la música de su amistad. Al abrigo de tragos renovados y cigarros eternamente vueltos a comenzar. Y como todo ser intolerante, eras justa. No soportabas lo políticamente “correcto”. Te molestaba el exhibicionismo de los jotos; pero algunos de tus amigos más queridos eran dignamente homosexuales: Carlos Olmos, José Antonio Alcaraz, Severino Salazar... No creías en el discurso feminista por su simplificación de la realidad. Y admiraste la entereza vital de, por ejemplo, Rosario Castellanos y Margarita Michelena. Abominabas de la insultante mediocridad de ciertos sectores académicos. Eras Doctora, pero qué burlas hacías de los que,

de pronto, por la magia de un cartoncito se volvían especialistas de territorios antes ignorados.

La intransigencia fue un modo de estar en el mundo. Por eso tus amistades fueron duraderas. No pedías complicidades; exigías y prodigabas lealtad. Nada más; pero nada menos. Segura por tu congruencia en el vivir, ni siquiera recordabas el nombre de quien buscaba hacerte daño. Como aquella vez que supimos que alguien, maestra del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco, recababa firmas contra ti. Un gesto de desprecio fue suficiente. Un divieso diminuto e intrascendente y artero no podía inquietarte. ¿Te acuerdas? Por eso la vida te fue propicia. Y la celebraste y la celebramos. Un café, un whisky o un tequila eran el principio del ritual congregatorio que, en tu casa, tenía el templo laico más seguro. Por eso acudo otra vez a Rilke:

Quiero lograr que los jardineros muchas flores  
me reciten, que los restos  
de los bellos nombres propios traigan un poco  
de sus cien aromas.

Margarita: flores, luces, amigos, palabras, música y tiempo son los compañeros de esta vida. Y el amor. Contigo aprendí a comprender a Ambrose Bierce: no debemos ser tan débiles como para ceder ante la tentación de negarnos un placer. Y el placer mayor es el de la vida. Por más que ahora quiera estar seguro de que estás en otro paraíso. Allá, con tus iguales, los intolerantes, intransigentes, leales y puros de corazón, espérame, llegaré a su debido tiempo. Estoy haciendo méritos. He seguido tu consejo, aunque sigo fumando. Y lucho por tener en el pecho, también, “un perro enloquecido, como esos hombres del alba”, tan iguales a nosotros, que tan bien conocía nuestro admirado Efraín Huerta.